

## **CAPÍTULO PRIMERO**

**BERTRAND DE JOUVENEL.  
HACIA UN FUTURO MÁS PACÍFICO A  
TRAVÉS DE LA SEGURIDAD COOPERATIVA**

## BERTRAND DE JOUVENEL. HACIA UN FUTURO MÁS PACÍFICO A TRAVÉS DE LA SEGURIDAD COOPERATIVA

Por JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Bertrand de Jouvenel es un escritor de referencia obligatoria, porque sus obras están animadas por un espíritu liberal, en el sentido filosófico — amor a la libertad— y no exclusivamente político del término. Es, en efecto, uno de esos infrecuentes personajes de que puede justamente enorgullecerse en la época actual una cultura, aunque sea tan rica como la francesa. Él ha dicho de sí mismo que no fue capaz nunca de consagrarse a una disciplina intelectual particular; así ha sido, a la vez, sociólogo, economista, pensador político e historiador. Como también ha sido un profesor, un periodista y un escritor profesional. Nacido en París en 1903, ha ejercido también como corresponsal, diplomático, economista, director de la SEIDES y profesor de las universidades de Cambridge, Berkeley y Oxford.

De Jouvenel es optimista, porque siempre parte en sus estudios de que existe la solución, no porque la misma esté siendo practicada. Tras sus estudios universitarios y su inicial formación de jurista, con una sólida educación en las dos lenguas y culturas francesa y anglosajona, trabajó, como ya se ha mencionado, de corresponsal y como enviado especial en diversos países, hasta 1939. Alternó estas ocupaciones con la dedicación a la política en los estados mayores de algunos partidos franceses.

Sus primeros libros trataron de cuestiones político-económicas, de orden doctrinal (*La economía dirigida*, 1928) o histórico aplicado (*El bloqueo continental*, 1942). Después dirigió su atención con preferencia a los grandes temas de la filosofía política, como "*El Poder*" (1945), "*La sobe-*

rania" (1953) y "La teoría pura de la política" (1963). También cultivó la investigación de historia económica sobre la época de Napoleón (1942), y la Europa del siglo XVI (1944), centrándose en el tema del oro y su influencia en la vida económica bajo Carlos V y Felipe II. Jouvanel posee una sólida base cultural, literaria e histórica, cuyas últimas raíces se afincan en los grandes escritores antiguos como Tucídides, Platón o Aristóteles; precisamente de este último toma la idea de que, tal y como él había dicho, saber es saber, y que saber es bueno, aunque sea inútil.

Este autor, al referirse a los factores productivos, dice con toda la garantía de la ciencia: "*El productor, si queremos señalar uno que lo sea de verdad, es el vegetal*". Es necesario conocer la naturaleza y utilizarla, pero sin que la utilización sustituya el gusto en sí del conocer (este principio da argumento a alguna de sus obras, como "*La civilización de la potencia, de la economía política a la ecología política*"). Del sustento de sus ideas tanto en Aristóteles como en la fuerza de la naturaleza nos queda su pensamiento: "*Nuestra civilización, que ha sido ciclópica por la fuerza, lo ha sido también por no poseer más que un ojo, incapaz de la visión estereoscópica en relieve. Si nuestra civilización adquiere esta visión, nuestro comportamiento será menos grosero*". Nuestro autor gusta de ahondar siempre, trascendiendo los datos, que en su caso no le vienen ofrecidos por una observación superficial, ni por referencias de segunda mano. Así, por ejemplo, la constatación del hecho obvio de que la civilización moderna es la civilización de las máquinas, le lleva a considerar cuáles son los rasgos más simples y específicos que la distinguen de las civilizaciones precedentes. Uno de ellos es "*la transición de las fuerzas biológicas a las fuerzas físicas como fuentes de energía. Precisamente esta evolución ha provocado el que la seguridad de los estados, y de las personas en una consideración individual del término, ya no dependa única y exclusivamente del enfrentamiento "cuerpo a cuerpo", ni siquiera que se asiente en una concepción de equilibrio de fuerzas, sino que se constituya en cualquier amenaza una mínima ventaja en el campo económico*", el cual abrirá un amplio campo a las posibilidades de "desajustes sociales", que en última instancia provocarán desigualdades y confrontaciones que pueden desembocar en enfrentamientos no deseados.

En uno de sus libros más importantes, "*La teoría pura de la política*", Jouvanel admite que se puede hablar de una ciencia política, pero siempre que se reconozca que no es un saber como los otros. Las situaciones que analiza la ciencia política, dice, son siempre originales y complejas. No hay dos situaciones iguales, ni se rigen, como los fenómenos naturales, por

leyes, que una vez descubiertas resultan ser de universal aplicación. Considera que en la política siempre hay acciones recíprocas de unos seres humanos que mueven a otros, porque los fenómenos políticos se presentan, en su esencia, según Jouvenel, como relaciones entre individuos. Los políticos se encuentran con dos clases de problemas: los de carácter técnico y los propiamente políticos. Los primeros admiten una solución y suelen recibirla a partir de las conclusiones a que llega una comisión de expertos. Pero es que no son problemas propiamente políticos, sino económicos, sociales o de otra índole. Lo que caracteriza a un problema político propiamente dicho es la incompatibilidad que existe entre las demandas de una parte y de otra que han dado lugar a su planteamiento.

El pensamiento político, según nuestro autor, sigue su curso histórico: los conflictos de poder, en el orden interior y exterior de las sociedades particulares o de la relación de unas naciones o comunidades con otras. Unos conflictos que, en definitiva, surgen ante el encuentro, o choque, de demandas incompatibles entre sí, que afectan a la libertad y a la seguridad de las colectividades. El final del entendimiento sobre la existencia de amenazas podría ser, y no puede decirse más, porque la libertad es el dato inmediato, el caer en la cuenta de una gran verdad olvidada muchas veces: si el horizonte humano es el de la historia, y nada más; si el horizonte de la vida humana individual es el de sus sueños de disfrute, lo efímero será la norma. Sólo el reconocimiento de algo que trasciende la historia de la especie humana y de los individuos permite tratar las cosas con “suma reverencia”. La civilización de la potencia, fuerte pero insegura, adquirirá entonces una buena dosis de humildad. Se vería que no hace falta correr tanto; que el paso pausado, en el paisaje humano, entre objetos queridos y conservados crean un ambiente de seguridad y felicidad concreta, de arraigada paz.

Jouvenel pretende describir los hechos y no valorarlos, pero, como casi siempre ocurre, sus análisis están impregnados de juicios de valor. Es fácil descubrir en sus obras una clara simpatía por los regímenes aristocráticos (ver *El Poder*), aquellos en que una minoría, apoyada por la masa, limita el crecimiento del poder.

Acertado analista de nociones como libertad, nación, seguridad, propiedad e igualdad, sienta así las bases de un análisis fundamental para la comprensión de nuestra época y apoya el estudio con claridad y precisión de los factores que han conformado el concepto que en la actualidad se tiene sobre los estados modernos.

## EL GRAN ANHELO DE LA HUMANIDAD: UNA PAZ CREÍBLE Y DURADERA

*Al hombre, al individuo, le gusta el cambio, fundamentalmente cuando él mismo es su autor; en tanto opera el cambio, el hombre se siente agente, poderoso; y una vez operado el cambio, el hombre se siente orgulloso de su obra. Pero el hombre le ha tenido siempre pánico al desencadenarse de los elementos (1).*

El proyecto consistente en intentar establecer una paz permanente y universal entre todos los pueblos que habitan nuestro Planeta no es ridículo, hecho que aquellos pensadores bautizados y proclamados a sí mismos como “realistas” han deseado hacer llegar a todos los que les han conocido por sus obras o sus acciones. Muy al contrario, la idea del establecimiento y mantenimiento de esta paz anhelada es eminentemente revolucionaria en la medida en que trata de establecer un nuevo modelo de sociedad. En el caso expuesto, pasar de una sociedad dividida en Estados-naciones rivales para la que se asienta como doctrina básica el hecho de que, según la fórmula de Clausewitz, “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, a otro tipo de sociedad novedoso e insurrecto en la que reinen otras reglas de relación que puedan aportar un bienvenido orden mundial, es algo poco probable pero muy apetecido. A pesar de ello, nos dirá De Jouvenel que: “Cualquier sistema social, ya se implante en beneficio de un puñado de hombres o en beneficio de algunos millones, tiene como objeto definido el dirigir hacia un fin general de actividad todas las fuerzas particulares. Pues no hay sociedad si no es allí donde se ejerce una acción general y combinada. En cualquier otro caso, no hay más que aglomeración de un determinado número de individuos en un mismo lugar” (2).

Ahora bien, la nueva situación que ha de ser perseguida por el novel orden supone la aceptación de una ideología política y de una cultura comunes, la puesta a punto de un sistema enteramente nuevo capaz de dar plena satisfacción a las necesidades de identidad y preservación de la propia idiosincrasia de los pueblos, una configuración de entes políticos que ya no desplegarán la bandera de la soberanía absoluta de sus gobiernos, y el establecimiento de un estatuto estadista de la Humanidad bajo

---

(1) BERTRAND DE JOUVENEL. “*La civilización de la Potencia. De la economía política a la ecología política*”. Editorial Magisterio Español. 1979. Versión original de Librairie Arthème Fayard. 1976. pág. 208.

(2) BERTRAND DE JOUVENEL. “*Los orígenes del estado moderno. Historia de las ideas políticas en el siglo XIX*”. Edición en español de Magisterio Español. 1976. pág. 355.

la forma de un conjunto de normas, reglas y principios de ámbito planetario. Todo esto exige un cambio en el pensamiento de los actuales pobladores de la Tierra, un cambio traumático pero necesario, difícil pero urgente; no es tan simple, por lo tanto, alcanzar el acceso a una sociedad post-clausewitziana.

A pesar de lo expuesto, esta sana ambición es la que ha inspirado a los que han procurado establecer la paz por medio de la creación de todo tipo de instituciones, ya fueran éstas de ámbito regional, internacional e incluso mundial. No sería justo reprocharles, como es habitual, no haber calculado, a partir de los datos que poseían y de sus experiencias pasadas, la magnitud de la empresa (obteniéndose, en algunas ocasiones, las menos ha de ser precisado, “productos” contrarios a los que se buscaban), ni haber utilizado los instrumentos intelectuales que tenían disponibles en su época. La perspectiva de la historia, la experiencia adquirida y el desarrollo de los conocimientos permiten hoy día pensar que sus procedimientos fueron “poco afortunados”, “no muy adecuados”, “algo torpes”, insuficientes e inadaptados. Para comprender las iniciativas que han sido desarrolladas en el entorno del asociacionismo corporativo internacional sin duda hay que partir de los horrores de la guerra, de la evolución de las iniciativas pacificadoras en “lugares calientes”, del estudio de los logros alcanzados en las negociaciones tendentes a evitar innecesarias y poco apetecidas escaladas de crisis y de los sentimientos pacifistas que por todas partes han inspirado. Pero también hay que medir la flaqueza y la impotencia de las ideas sobre la paz emergentes de tantos y tantos seminarios y debates habidos a lo largo del último siglo.

La paz no se edifica sólo sobre los cimientos de las buenas intenciones y los piadosos sentimientos. Menos aún desde el resentimiento contra la excelencia y el odio a la verdad. Grande es el valor de la paz. Sobre todo, de la paz de espíritu o en el espíritu. Mas no combate la guerra sino quien busca la solución de sus causas, no quien entrega de antemano la victoria al agresor: la paz no es la mera ausencia de la violencia sino el resultado de la justicia. Lo sabemos, al menos, desde San Agustín. Pacifista es quien busca la justicia, no quien defiende la consolidación de la injusticia en nombre de la no violencia, aunque los medios que hayan de emplearse para alcanzar tal fin no sean del agrado de todas las partes.

Nos dirá Bertrand de Jouvenel, haciendo hincapié en la dificultad del establecimiento de un camino acertado hacia la paz: “Hemos vivido la guerra más atroz y más devastadora que el Occidente ha conocido hasta

ahora. La más devastadora, a causa de la intensidad de los medios empleados, pues no solamente se han puesto en pie ejércitos de quince, de veinte millones de hombres, sino que detrás de ellos la población entera ha sido requisada para abastecerlos con los instrumentos de muerte más eficaces. Todos los seres vivos que un país puede ofrecer han servido para la guerra, y los trabajos propiamente de la vida no han sido considerados y tolerados más que como un soporte indispensable del gigantesco instrumento militar en que se ha convertido el pueblo entero. Puesto que todo, el obrero, el campesino y la mujer, contribuye a la lucha, todo, fábrica, cosecha, casa, se convierte en objetivo de guerra, y el adversario trata como enemigo todo lo que es carne y tierra; persigue por medio de la aviación, una destrucción total del enemigo” (3).

Las proposiciones para organizar la sociedad internacional de cara a evitar la guerra se han venido desarrollando desde el siglo XVIII. El famoso “*Proyecto para conseguir que la paz sea perpetua en Europa*”, del abad de Saint-Pierre, data de 1713, y el “*Proyecto filosófico de paz perpetua*”, de Kant, es de 1795. Lo que resulta muy curioso es que durante el siglo XIX todo el acopio de obras de este tema no fueran continuadas por investigaciones u obras de cierta calidad. Mientras que Clausewitz componía, entre 1820 y 1830, una tesis brillante sobre la guerra, sobre la forma de conducirla y de hacer de ella un elemento fundamental para la política, no se ha escrito nada sobre las técnicas que podrían permitir el establecimiento de la paz. Además, a las masas no les seducen los sueños de paz, dado que hay muy pocas mentes de talante abierto e innovador que se atrevan a pensar que los conflictos armados, que han llegado a ser cada vez más destructivos, rápidos, de mayores implicaciones en la población civil y más mortales, podrían, en ciertos casos, evitarse. Mientras que hasta hace apenas unas décadas los ejércitos estaban formados por soldados en su mayoría analfabetos, el nacimiento de la exaltación de los sentimientos nacionalistas hace ejércitos de ciudadanos fanáticos. La gloria colectiva, las banderas tomadas al enemigo, el carácter de los generales, desarrollan toda una representación en defensa de sentimientos poderosos para los cuales se acepta sufrir de manera atroz, perder facultades físicas o psíquicas e, incluso, morir.

“Antiguamente, se decía las fuerzas militares de Francia, de Rusia, de España, de Austria, de Prusia, cuando se quería designar a los soldados de

---

(3) BERTRAND DE JOUVENEL. “*El Poder*”. Editorial Librairie Hachette. 1974. Edición en español de Editora Nacional. 1974. pág. 3.

línea que esas naciones tenían en armas en tiempos de paz; y la palabra ejército jamás era utilizada sino en tiempo de guerra, y aun así aplicada tan sólo a la fracción que combatía; más aún, cada uno de los ejércitos tomaba nombre distinto, según el país particular en el que se desarrollasen sus actividades, o según el jefe que se hallaba al frente. Tan sólo después de Napoleón se comienza a llamar colectivamente, tanto en tiempo de paz como en época de guerra, a las fuerzas militares de Francia, el ejército; un ejemplo que parece haber sido imitado por toda Europa. Se habla hoy en defensa del ejército, se le habla al ejército, se hace hablar al ejército” (4).

Para comprender los esfuerzos que en el ámbito internacional se han llevado a cabo en este área hay que tener en consideración que las comunidades políticas y sus dirigentes, incluso cuando han sido elegidos democráticamente, no han logrado cambiar las líneas de acción de la política exterior que había sido la de los príncipes y los reyes de antaño; que la reflexión política reformadora o revolucionaria no ha puesto en cuestión esta filosofía; que son los gobiernos, y muy de forma sobresaliente aquellos de las grandes potencias los que han puesto en marcha las ideas de construcción de la paz, teniendo como motivo principal el mantenimiento del orden establecido y, de forma accesoria, la necesidad de dar respuesta a una opinión pública cansada de la guerra; como conclusión, en las condiciones expuestas las soluciones que se han aportado y los proyectos que se han barajado para establecer la paz no pudieron ser suficientemente válidos. No obstante, en lo relativo a las grandes potencias, nuestro autor opinará que: “¡Cómo no darse cuenta de que un estado que liga a su destino el de los hombres valiéndose de todos los lazos de las necesidades y del sentimiento será mucho más capaz de entregarnos un día a un destino de guerra universal! Cuanto mayores sean las atribuciones del poder, más grandes son también sus medios materiales para la guerra; cuanto más manifiestos sean los servicios por él prestados, más rápidamente se obedece a su llamada” (5).

Las ideas denominadas “funcionalistas”, emanadas de mentes positivas y optimistas capaces de aislarse de las influencias cercanas, son las que han llevado a la creación de organismos supranacionales e intergubernamentales cuyo objetivo ha sido el adquirir las condiciones necesarias entre los Estados para proporcionar la seguridad necesaria de cara a la consecución de una paz fuerte y duradera. El funcionalismo es un movi-

---

(4) “*Los orígenes del estado moderno. Historia de las ideas políticas en el siglo XIX*”. Pág. 162.

(5) “*El Poder*”. Pág. 13.



miento muy importante, en la medida en que refleja una intuición fundamental sobre la naturaleza de la guerra y de la paz y sobre la posibilidad de creación de una identidad mundial a través de la construcción de una sociedad internacional en la que predomine el espíritu de colectividad sobre el de individualismo. La invención de la doctrina funcionalista se atribuye al profesor británico David Mitrany que, en un pequeño libro titulado “*Un sistema de paz eficaz*” (A Working Peace System), había explicado en 1943 que la asociación de los Estados por “problemas” en “agencias funcionales” que tejieran lazos de cooperación política era lo que permitiría “el crecimiento pacífico de la sociedad internacional”: haciendo trabajar juntos a especialistas en educación, salud, agricultura, etc., se crearía un clima de entendimiento a nivel mundial más allá de las fronteras, preparando así de alguna manera una especie de identidad mundial de la “raza superior”.

Estas ideas convencieron a Roosevelt de que las agencias especializadas que había que crear deberían situarse lo más alejadas posible de Nueva York con el fin de evitar la politización de las discusiones técnicas entre especialistas. No se trataba de que esas agencias acometieran en común grandes programas: el funcionalismo que se puso en marcha en el plano mundial en 1945 no era comparable al que algunos años más tarde se utilizaría para la construcción europea, con la creación de la Comunidad del Carbón y del Acero, y después del EURATOM y del Mercado Común.

En realidad, a decir verdad, parece como si estuviesen evaporando los supuestos en que descansaba la aspiración a la paz como un absoluto desde los tiempos del humanismo renacentista, el humanitarismo de las luces y el optimismo positivista. Los derechos humanos, una noble aspiración sin duda, como sustituto de aquellos, tampoco constituyen una garantía sólida. En cierto modo, su predominio está desencadenando nuevos conflictos —se habla ya de forma muy usual de la guerra de los derechos—, acelera la descomposición interna de los estados, su incapacidad para dar seguridad y aumenta las incertidumbres. La realidad es que la protección que da el Estado es cada vez más débil y hay problemas como el terrorismo o la droga, que parecen ir en aumento, que no sabe o no puede afrontar como puro Estado de Derecho.

*La paz requiere seguridad; seguridad frente a las incertidumbres básicas y a la posibilidad de coacción por el más fuerte en cada momento.* La Iglesia daba cierta seguridad en orden a la salvación en el otro mundo, que era la que importaba más. Cuando la religión se convirtió en fuente de

inseguridad en el mundo occidental, al ser una causa principal de las guerras civiles, se concibió la posibilidad de organizar el Estado, en su origen una mera máquina de poder, a fin de lograr la salvación en este mundo. Por este motivo no es una casualidad que el organismo más importante de la ONU sea, en definitiva, es decir, en el caso extremo, el Consejo de Seguridad. Pero hoy no sólo se está desvaneciendo la sensación de seguridad sino, objetivamente, la seguridad misma. “El progreso de la vida se ha orientado hacia organismos biológicos superiores y más capaces, lo mismo que el progreso de la sociedad se orienta hacia organizaciones más completas y más eficaces” (6).

La paz, por tanto, no puede en modo alguno perseguir como objetivo la instalación, en la mente de todos los sujetos que a ella han de estar unidos como agentes pasivos, como concepto abstracto, sino que ha de abordar mecanismos, medidas y soluciones eficaces para apoyar el nacimiento, en esencia, de lo que se ha llamado la seguridad de la paz. Y para alcanzarla, aunque parezca poco propicio el mencionarlo en estos momentos de enfrentamientos y “castigos selectivos”, los países han de perseguir situaciones perdurables de seguridad y, para ello, cuanto más fuerte sea la Nación implicada en una amenaza o crisis, el poder ha de negociar, negociar y volver a negociar. Lo cual no es una deshonra; lo deshonroso es negociar mal, y no entender que, como ya fue enunciado por Sun Tzu, el objetivo de la guerra no es destruir vidas y bienes, sino que es vencer de la manera menos dolorosa que sea posible.

Dos imperativos aparecen en el horizonte inmediato: más y mejor política a favor de la paz, lo cual obliga a redefinir el papel de la principal Organización de Seguridad, la ONU, la multilateralidad, las deficiencias de las políticas unilaterales particulares de los países; y, por otro lado, más y mejor inteligencia, que sea capaz de estudiar las amenazas y, junto a las posibilidades y potenciales de cada nación, ofrecer la mejor solución a situaciones de falta de seguridad. Son los dos elementos básicos de la nueva política de Seguridad y Defensa; la Seguridad plena es inviable.

## **LA SEGURIDAD, FUENTE DE OPINIONES DIVERSAS**

“La libertad no es más que una necesidad secundaria respecto de la necesidad primaria de la seguridad”, afirma Bertrand de Jouvenel. “Mere-

---

(6) “La civilización de la Potencia. De la economía política a la ecología política”. Pág. 87.

ce, pues, ser examinada la noción de seguridad: enseguida se revela su complejidad, siendo más cómodo manejar su reverso, la inseguridad, que la definimos como el sentimiento lacerante de ser amenazado por un acontecimiento desastroso” (7).

Apenas ocho meses habían transcurrido de este nuevo siglo, de este nuevo año y de este nuevo milenio y por todo el mundo, aparte de retazos ya antiguos de escaramuzas y conflictos muy localizados, como es el caso de Chechenia, Palestina, algún Estado de centro o Sudamérica, parecía estar presente la seguridad que aportaba la desaparición de la tan “aludida” Guerra Fría.

Pero, desgraciadamente, llegó el 11 de septiembre, el “martes negro”, quizá el primer martes de la primera semana de una nueva época, y el mundo despertó de sus apacibles sueños de seguridad y tranquilidad. En un lugar tan poco conocido y tan aburrido como el pueblecito de Zug, a menos de 10 Kilómetros de Zurich y a cerca de 60 Kilómetros de Berna, ambas localidades mucho más conocidas internacionalmente, llega un perturbado mental con un subfusil y mata a catorce personas. ¿Dónde, pues, se puede estar seguro en este tiempo? ¿En las calles de Madrid? No parece muy probable cuando se fríe a tiros a ciento sesenta y ocho ciudadanos de Sudamérica y se han producido más de 80 asesinatos en menos de 7 meses, o cuando se aparca el automóvil en un aparcamiento céntrico y, poco después, cuando se va a recoger, se le comunica a uno que el coche ha sido una “víctima” más de un brutal atentado terrorista. Nuestra especie (si es que merece esta calificación tras los últimos dos siglos que hemos pasado, lo que podría tratarse desde el punto de vista de algunos pensadores como Tristan Bernard: “Dos cosas me admiran: la inteligencia de las bestias y la bestialidad de los hombres”, o como dice John Steinbeck: “De todos los animales de la creación el hombre es el único que bebe sin tener sed, come sin tener hambre, mata sin necesidad y habla sin tener nada que decir”), la especie humana se ha pasado los últimos 10.000 años en una perenne búsqueda de seguridad. Así, se han creado Estados superpotentes, con fibra óptica y radares, policía judicial y tarjetas inteligentes de crédito. Pero llega un comando suicida y mata en Manhattan a casi 6.000 personas; y para que haya testigos de primera mano, televisado en directo todo ello.

No existe el lugar seguro, después de tantos siglos de permanente búsqueda de seguridad, nuestra especie corre el riesgo de volver a vivir

---

(7) “*El Poder*”. Pág. 425.

tan atemorizada como al principio. Los agnósticos, de forma acertada y lúcida, repiten un mismo lema, preocupante: la tecnología está siendo derrotada por la teología, o debería decirse por una errónea interpretación de las sagradas escrituras de alguna de las que tan respetadas han de ser religiones universales.

Desde el final de la Guerra Fría, se ha visto nacer tantas definiciones de Seguridad que muchos estudiosos del tema han etiquetado el término como *“un concepto esencialmente difuso y discutible”*, esto es, un concepto para cuya validación no se aportan muchos argumentos ni evidencias difícilmente puede ser aceptado sin discusión en lo que respecta a su significado, lo cual no evita el que su aplicación sea cada vez más necesaria a la hora de dotar de “buenos principios y objetivos loables” a cualquier organización social; así podemos encontrarnos la palabra “seguridad” en el Preámbulo de la Constitución Española, o en la Carta de las Naciones Unidas, en cuyo exordio se puede leer: “Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos... y con tales finalidades: 1º) a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos; 2º) a unir nuestras fuerzas para el “mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales”, a asegurar, mediante la aceptación de principios y la adopción de métodos, que no se usará la fuerza armada sino en servicio del bien común...”

Hay pocas palabras que se hayan abierto camino de forma tan insidiosa hasta nuestro vocabulario de todos los días, llegando a nuestras conversaciones a través de desagradables noticias sobre guerras, atentados, crímenes, etc. Al igual que otros muchos términos, como p.e. “internet” —otro término sobreutilizado que también se ha convertido en parte indispensable del argot de finales del siglo XX— la mayoría de las personas poseen una vaga noción o impresión de lo que es seguridad, pero carecen de una definición más precisa, concreta y realmente explicativa de dicha palabra. Esta imprecisión ha sido en parte inducida por los medios de comunicación modernos, cuyos intentos de comunicar un mensaje a menudo complejo y enrevesado en el menor espacio de emisión o impresión posibles, ha llevado a la catalogación promiscua de toda una gama de actos violentos como “provocados por la falta de seguridad”. Uno coge el periódico, enciende la televisión o la radio y encuentra, incluso dentro del mismo noticiero de las cadenas de mayor audiencia o la misma página o programa radiofónico, actos tan dispares como el bombardeo de un edificio, el asesinato de un Jefe de Estado, la masacre de civiles por parte de una unidad militar, el envenenamiento de los alimen-

tos en un supermercado o la contaminación de medicamentos sin receta en una farmacia, todos ellos descritos como “actos que inciden en la seguridad ciudadana”.

Hablar de seguridad es materia usual en las conversaciones cotidianas (desgraciadamente, quizá más de lo deseado desde el pasado 11 de septiembre, el martes nefasto, día del atentado contra las torres gemelas en Nueva York). Todos entendemos lo que significa seguridad, otra cosa muy distinta es cómo definirla, concretarla y explicar sus características, sus aspectos y el proceso para alcanzarla; cuestión más difícil aún si se habla de la seguridad desde una perspectiva profesional.

La confusión sobre los conceptos encerrados en este término se hace aún mayor cuando se tienen en cuenta los valores y las unidades que deben ser protegidas, más aún que lo que respecta al término en sí mismo. Por lo tanto, la seguridad puede ser definida como la libertad para ejercer determinados principios de un Estado soberano o, como Arnold Wolfers ha mencionado, la seguridad puede ser medida por “la ausencia de amenazas para ejercer la soberanía”, término con particular interpretación de De Jouvenel: “La obediencia es un deber, puesto que existe, y nosotros estamos obligados a reconocerlo, un derecho de mandar en último término en la sociedad, que se llama soberanía, derecho de dirigir acciones de los miembros de la sociedad con poder de obligación, derecho al cual todos los particulares están obligados a someterse sin que ninguno pueda resistir” (8).

El problema conceptual llega pues de la definición de “unidad social” (por ejemplo, personas, estados, instituciones internacionales, y sistemas estatales) y de los valores que son intrínsecos a la decisión soberana de un Estado (por ejemplo, la seguridad física, la independencia política, el bienestar social, etc.) que sean aplicados. Las respuestas a estas cuestiones tienden a variar con respecto, entre otras cosas, a si la pregunta es realizada y la aproximación hacia ella es tendente al tratamiento en el entorno de las relaciones internacionales.

La definición acuñada en España ha sido: “*el conjunto de medidas preventivas de disuasión, defensa, control de armamentos, distensión y mitigación de conminaciones que adopta un Gobierno con la finalidad de garantizar los objetivos e intereses nacionales frente a cualquier crisis e inestabilidad y contra todo riesgo potencial, amenaza y agresión*”. El logro de las medidas expuestas proporcionaría una situación libre por comple-

---

(8) “El Poder”. Pág. 35.

to (lo cual es ciertamente poco entendible) de amenaza alguna sobre la Soberanía ni la Integridad del territorio y sus habitantes; una situación en la que no existe atentado alguno contra el normal ejercicio de la Autoridad ni contra el funcionamiento adecuado de las Instituciones; y una situación en que, tanto las actividades públicas como las privadas, pueden llevarse a cabo sin impedimentos que se opongan al logro de los más altos niveles de paz, libertad, prosperidad cultural, cívica, moral y económica. Así definido, el concepto de seguridad es más amplio y engloba al de Defensa, propio de las Fuerzas Armadas.

Lo sucedido en el pasado mes de septiembre en Estados Unidos pone de relieve que el papel de las Fuerzas Armadas no puede circunscribirse sólo a la Defensa de la Nación, sino que, en determinados momentos, su concurso puede ser necesario para garantizar la seguridad de los ciudadanos, y por ello ha de iniciarse, a nivel tanto puramente nacional como en el entorno de las organizaciones internacionales de defensa, una revisión de sus estrategias para adecuarlas a las nuevas circunstancias. Entre otros asuntos, se trata de determinar en qué medida puede ser necesario contar con elementos de disuasión dirigidos a los terroristas, hasta dónde llega la seguridad interior y dónde comienza la seguridad exterior, y tratar de contar con las capacidades y medios económicos necesarios para hacer frente a la amenaza del terrorismo internacional. Las Fuerzas Armadas verían reforzadas así alguna de sus misiones clásicas, ya que cualquier tipo de atentado terrorista internacional tiende, en última instancia, a acabar con el sistema basado en las instituciones democráticas.

El enfoque de la seguridad con que se aborda el siglo entrante es amplio e integrador en lo que se refiere a los medios que se proponen: político/diplomáticos, militares, económicos y sociales. La sociedad, cansada de sufrir los efectos de la beligerancia entre Estados, Naciones o distintas etnias o facciones, muestra su preferencia por el empleo de los primeros. La importancia creciente de la economía, su globalización y su presencia en todas las mesas de negociación y acuerdos de toda índole, y el papel motor de ésta, en la mayor parte de los procesos la pone en la primera línea de muchos de los planeamientos. Con respecto a esto, Bertrand de Jouvenel anota: "Es un principio económico obvio que no se puede financiar por la vía del mercado el suministro de un bien indivisible por naturaleza. Este razonamiento puede aplicarse a la lucha contra un mal indivisible por naturaleza" (9).

---

(9) *"La civilización de la Potencia. De la economía política a la ecología política"*. Pág. 143.

La diplomacia clásica del equilibrio de poder va siendo sustituida por otra que busca influir sobre la causa de los conflictos. Según este principio, la estabilidad en el encuentro de culturas y civilizaciones (¿El Mediterráneo?) no se conseguirá evitando el progreso de los países del lado menos favorecido, sino estimulando sus economías. Aquí se puede ver un cambio sustancial en cuanto a los medios que han de emplearse.

En el futuro se verá un esfuerzo creciente por la acción preventiva, pues aunque ya se la concede prioridad, deberá perfeccionarse considerablemente para ser realmente eficaz. Parte de ese esfuerzo irá dirigido a la prospectiva y también a solventar los problemas de aplicación, ya que la intervención tiende a entrar en colisión con la soberanía en los estadios del conflicto en los que la prevención se hace oportuna. Una vez generado un conflicto, la prioridad se orientará hacia su aislamiento para evitar las salpicaduras.

El control de las crisis será objeto de la mayor atención como instrumento eficaz para el mantenimiento de la paz. Es deseable que la actuación internacional cuente con el mandato directo o delegado de las Naciones Unidas; para ello el máximo organismo internacional tendrá que encontrar nuevas fórmulas, principalmente en el Consejo de Seguridad. El control se centrará preferentemente en asegurar la rapidez de respuesta y la agilidad y eficacia de la actuación. También deberán definirse las condiciones y los medios para la imposición de la paz allá donde sea insuficiente el diálogo y no se consiga llegar a una situación razonablemente segura que permita abordar su mantenimiento.

## **NUEVAS IDEAS SOBRE SEGURIDAD**

Los desequilibrios de nuestra época amenazan no sólo el ritmo de desarrollo y la solidez de las instituciones, sino la supervivencia misma de la especie humana. Las disparidades actuales constituyen una verdadera y patente amenaza para la paz y la concordia, y generan una separación, cada día más ancha, entre la minoría que disfruta de los beneficios del progreso y la inmensa mayoría de los habitantes del planeta, para los cuales el bienestar es un espejismo muy lejano. El poder económico internacional, que hoy detentan mayoritariamente las grandes empresas multinacionales, es fundamental en un desarrollo creíble y plausible entre desarrollo y seguridad. "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas las ideas dominantes; es decir, que la

clase que detenta el poder material, detenta al mismo tiempo el poder espiritual y político” (10).

La noción de seguridad ha sufrido transformaciones radicales en el último decenio. La percepción de la seguridad puede plantearse tanto desde un punto de vista práctico como desde el teórico; atendiendo al primero el impacto, en el mundo occidental, del accidente nuclear de Chernóbil por un lado, y del discurso de Gorbachov por otro, hablando de situaciones como seguridad común, suficiencia razonable o defensa no provocativa (conceptos adoptados por el lenguaje político teóricamente al final de la década de los setenta, acuñados y empleados con asiduidad en distintos foros de debate como, por ejemplo, la Comisión Palme, “Independent Comision on Disarmament and Security Issues”), son dos hechos remarcables en el proceso de transformación hacia la nueva concepción de la palabra seguridad. Fuera de la praxis, en el terreno puramente teórico, un nuevo componente de inercia creado por los pensamientos de los nuevos artífices de la seguridad y la defensa en un contexto internacional responde a los aires de cambio.

Las amenazas a la seguridad proceden ahora mayormente de la pobreza, la desigual simetría de la distribución de recursos, la exclusión, la ignorancia dogmática, las emigraciones masivas y las injusticias sociales que generan reacciones de rechazo. *“Si verdaderamente se quiere fomentar la paz y la seguridad en todos sus aspectos, es menester un esfuerzo mundial permanente para mejorar el acceso al conocimiento y la transferencia del mismo. Educar es algo más que instruir e informar”*, según palabras de corte muy moderno que surgen de la pluma de Federico Mayor Zaragoza.

El final de la Guerra Fría no hace sino reforzar el proceso de cambio en curso en el mundo de las ideas. El hecho de que durante la Guerra Fría el Tercer Mundo fuera el campo de batalla real donde los grandes bloques dirimían sus rivalidades agravó aún más la situación de atraso y pobreza en la que ya con anterioridad se encontraban sumidas las regiones menos favorecidas del planeta. Muchos de los conflictos que siguen sin resolverse en el mundo de hoy se originaron en esta confrontación vicaria. Los cambios ocurridos en los últimos años han otorgado renovada vigencia a los problemas que plantea el mantenimiento de la seguridad y la construcción de la paz. Los enfrentamientos característicos del pasado fin de

---

(10) “Los orígenes del estado moderno. Historia de las ideas políticas en el siglo XIX”. Pág. 68.



siglo fueron “conflictos de baja intensidad”, luchas de origen étnico o religioso especialmente onerosas para la población civil, a menudo mucho más fáciles de evitar y limitar en espacio que de solucionar de modo permanente. La devastación de las instalaciones civiles que este tipo de conflictos aporta supera en mucho, en cantidad y profundidad, en número e importancia, a la destrucción de los objetivos militares, dotados por la tecnología moderna de gran movilidad y capacidad de enmascaramiento.

Las últimas escaramuzas y enfrentamientos bélicos han motivado la aparición de serias dudas en relación con la nueva concepción de la seguridad que se está actualmente pergeñando, acudiendo a un análisis y una perspectiva menos militar y más técnica, económica y social, y, en consecuencia, con los nuevos peligros de los años noventa, unos de aparición en esta época y otros de renovado incremento de la potencia para anular, destruir o matar. En lo que respecta a la noción de seguridad, ésta responde hoy en día a la metáfora de la malla, de uso ampliamente establecido en el sistema de las relaciones internacionales; en 1987, los 150 Estados participantes en la Conferencia auspiciada por Naciones Unidas para tratar el tema de la relación entre desarme y desarrollo, recogen un pensamiento sobre seguridad que viene a corroborar lo anteriormente expuesto: “La seguridad tiene no sólo aspectos económicos, sociales, humanitarios y de derechos humanos, y ecológicos. El incremento de la seguridad puede, por una parte, crear las condiciones que lleven al desarme y, por otra, crear el medio y la confianza que permitan conseguir con éxito el desarrollo”.

El carácter multidisciplinar y global que ofrece el anterior texto político, aspectos inextricablemente unidos de la seguridad, es el producto de una corriente de pensamiento aceptada más ampliamente cada día. La seguridad como concepto complejo ha sido tema de debate e investigación a lo largo de una década por gran cantidad de académicos europeos entre los que destacan, entre otros, Friedemann Müller, Stephen L. White, Dimitri Trenin, Michael Mihalka y Barry Buzan; este último, un profesor británico, ha llevado a cabo un estudio exhaustivo del tema en base a tres hipótesis de partida: el carácter anárquico de la sociedad internacional, la multidimensionalidad de la seguridad, y, finalmente, su carácter ambiguo y relativo, que está relacionado con el nivel de análisis en el que se mueve la población actual de pensadores. En lo que respecta al carácter multidimensional de la seguridad, Buzan identifica cinco dimensiones: militar, política, económica, social y medioambiental (no podía faltar el “sustento obligado y omnipresente” en todos los análisis realizados sobre cualquier tema a partir de la década de los 80 del siglo anterior). “Vosotros os habéis

evadido del mundo biológico, de sus límites y de la marcha lenta de su historia. Habéis creado un mundo donde las estructuras organizadas por vosotros suplantán a los organismos, adquieren dimensiones no biológicas y están sometidas a una evolución prodigiosamente acelerada” (11).

La dimensión militar hace referencia tanto a los aspectos objetivos, como es el caso de las capacidades militares de los Estados, como a los aspectos subjetivos o percepción que los Estados tienen unos de otros (percepción de la amenaza). La dimensión política tiene que ver con la estabilidad del Estado, su sistema de gobierno y las bases internas de su legitimidad. La seguridad económica está relacionada con la capacidad de acceder a los recursos, a las finanzas y a los mercados, necesaria para mantener unos niveles aceptables de bienestar y de poder del estado. La seguridad social se refiere a la capacidad, presente o ausente en las sociedades, para hacer frente a las amenazas y vulnerabilidades que afectan a su cultura y a su identidad como comunidad política, pudiéndose resolver esta dicotomía que podría plantearse entre las seguridades estatal y social diciendo que el criterio último de la seguridad estatal es la soberanía mientras que el correspondiente a la seguridad social es la identidad, aunque, profundizando en ambos juicios, se puede deducir que la supervivencia está presente en los dos y por encima de cada uno de ellos. La seguridad ambiental se entiende como la capacidad para mantener la biosfera local y planetaria, en tanto que soporte físico necesario para desarrollar la existencia humana.

Hay que descartar la idea caduca de que la seguridad es exclusivamente una función del poder nacional o de la fuerza militar y económica, aún a sabiendas de que el poder económico internacional, que hoy detentan mayoritariamente las grandes empresas multinacionales, es fundamental en la relación que existe entre paz, desarrollo y seguridad. En la búsqueda de soluciones al problema de la inseguridad los Estados deben afrontar cada vez con mayor frecuencia circunstancias fuera de su control, como crisis económicas estructurales y tendencias económicas, demográficas, ambientales y financieras a las que sólo se puede dar solución mediante acciones comunes, cooperativas y solidarias. Es lamentable que no se respeten unos compromisos que podrían hacer cambiar las tendencias negativas que amenazan el planeta, compromisos que se establecen entre los Estados soberanos para afrontar amenazas, tanto internas como externas, y poder paliar las limitaciones que en cualquiera de las áreas

---

(11) “*La civilización de la Potencia. De la economía política a la ecología política*”. Pág. 34.

expuestas puede presentársele a cada uno de forma individual. La irreversibilidad de muchas de estas tendencias es un factor estratégico sumamente importante, no sólo en el ámbito militar sino en muchos aspectos de la vida. Todo lo que llega a un punto de no retorno debe abordarse de manera prioritaria, porque mañana siempre es tarde.

Parece obligada una revisión al concepto por todos asimilado de seguridad clásica, que implica el uso de la fuerza o a la amenaza de su uso. Al tiempo que se reducen los riesgos a escala mundial, se debe edificar nuevos medios de preservar la seguridad nacional. Hasta ahora, esta se ha basado, ante todo en un esfuerzo por acentuar y explotar la debilidad de los demás. Este planteamiento debe dejar paso a dispositivos de cooperación multilaterales, en los que la seguridad de cada uno revista la misma importancia y cada cual tenga en cuenta las necesidades mínimas del otro y evite toda maniobra para desestabilizarlo. De este modo podría instaurarse un auténtico régimen de seguridad colectiva.

Junto a la dimensión interestatal del problema de la seguridad es preciso considerar el aspecto intraestatal. En general, se puede decir que toda amenaza a la seguridad interna lo es también para la seguridad interestatal (ha de destacarse que el término “amenaza” está siendo sustituido por el de riesgo; así, en el tratamiento dado a las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo, en relación con los “riesgos” derivados de las migraciones, del fundamentalismo, etc.). Los problemas que se originan hoy en un punto del planeta, en un despacho donde se traza una frontera, donde se decide un reparto aleatorio de tierras o donde se diseña una medida económica, pueden desencadenar sus consecuencias mañana en cualquier sitio del mundo.

Mas, definitivamente, ¿de qué seguridad ha de preocuparse una sociedad moderna como la actual? Basta para dar una respuesta coherente observar cómo las medidas llamadas de seguridad lo son todas de apuntalamiento, todas de contingencia, todas referidas a partes, a grupos, a intereses ora de unos ora de otros, sin que nadie pueda dar razón de cuál es el fin y cuál el sistema pragmáticamente, en cada cosa, momento, lugar, circunstancia o evento.

Pero, además, cuando se invocan medidas defensivas militares, cuando se requieren normas de derecho, cuando se propugnan actos o instituciones políticas, incluso cuando se invocan necesidades de seguras ideas religiosas o culturales, todas esas acciones para la seguridad van dirigidas principal, si no exclusivamente, al fin económico de guardar o evitar derrum-

bamientos de negocios, de producciones, de precios, monedas y tenores de vida. ¿Qué quiere esto decir? Pues sencillamente que todos los órdenes que constituyen los pueblos se hallan sometidos a la única preocupación de la riqueza y su aseguramiento. Que ya no se considera substantiva la defensa de personas e ideas y naciones, los principios de moral y justicia, los mismos regímenes políticos en cuanto principios o las propias ideas y prácticas religiosas, así como las culturales, sino que todo es adjetivo, todo es solamente algo que conviene, que es útil para la única finalidad concebible del vivir: obtener ingresos monetarios y goce material de la vida.

De todo lo expuesto se produce la gran paradoja del mundo moderno: cuando más y más se busca originalidad, cuando más pragmáticamente se celebran los éxitos de los últimos modelos o los últimos libros, cuando más se atiende a las ideas hábiles o adecuadas a una situación, cuando más desprecia el mundo a los autores antiguos, más y más actuales vuelven a ser los principios rechazados y las obras e ideas calificadas de anticuadas e inadaptables al progreso del mundo actual.

## **EUROPA: EL PERMANENTE CAMBIO DE LA IDEA DE SEGURIDAD**

La fuerza de cambio, como amenaza para la identidad de un pueblo, está patente en dos fenómenos ampliamente abordados en los últimos años: las migraciones internacionales, causas del desequilibrio existente entre distintas regiones de la Tierra, y la rivalidad entre el mundo occidental y el mundo islámico. Los dos fenómenos están vinculados desde el momento en que como expone Buzan, “más allá de un cierto punto, la migración se convierte en un tema de números. Una influencia excesiva del extranjero amenaza la capacidad de la sociedad existente para reproducirse a sí misma de manera tradicional, lo que fácilmente se traduce en una opinión favorable al control de la inmigración”, y lo que de ello se deriva, racismo y xenofobia. Muchos de los seres humanos que arriesgan sus vidas en viejas y caducas embarcaciones lo hacen exclusivamente por una “acertada” búsqueda de la libertad. “La idea de la libertad es la más grande y la más apasionante de las ideas políticas; es también la más confusa, o dicho de otra manera, la más rica de contenido...Célebre exclamación de Rousseau con la que comienza el Contrato Social; es la primera frase del primer capítulo del libro primero: El hombre nace libre, y en todas partes se le encuentra encadenado” (12).

---

(12) “*Los orígenes del estado moderno. Historia de las ideas políticas en el siglo XIX*”. Pág. 175.

Durante siglos, los europeos han sido una amenaza para la seguridad social mundial (además de otras dimensiones de la seguridad) y, en la actualidad, el mundo occidental percibe, si atendemos a las políticas gubernamentales, al resto como una amenaza para la suya. Donde mejor se recoge esta percepción es en las relaciones entre el mundo occidental y el mundo árabe-islámico. No es un tema de posguerra fría, pero no hay ninguna duda de que los acontecimientos acaecidos en torno a la guerra del Golfo le dio una nueva relevancia.

Como en el resto del mundo, el mundo europeo en materia de seguridad se caracteriza por un potencial de destrucción que sobrepasa con mucho todo lo que se ha conocido en la historia. Se puede pensar que el potencial de destrucción de los arsenales militares actuales es entre 10 y 20 veces más elevado del que es necesario para destruir la civilización entera y toda la Humanidad. Se trata de una situación que se define a menudo como sobrecapacidad de destrucción, que mantiene el enorme potencial nuclear militar de que disponen, con fines militares, las dos grandes potencias (¡no nos engañemos!, la actual Federación Rusa es heredera, aunque con menor número de efectivos tanto en calidad como en cantidad, de aquella tan temida URSS), pero también otros Estados y, potencialmente, otras naciones.

A menudo se pretende que esta sobrecapacidad de destrucción es en sí misma un factor altamente desestabilizante que podría llevar al estallido de una guerra. Nada más alejado de la realidad, sin llegar al extremo contrario, y diciendo simplemente que la seguridad es en cierta medida una cuestión de número —una afirmación que vale su peso de verdad—, el número impresionante de ojivas nucleares y de otros medios de destrucción no incrementa de manera proporcional los riesgos de guerra. De cualquier modo, este número es el reflejo de un gasto considerable, porque las grandes potencias, y si acaso otras naciones, no se han puesto de acuerdo para determinar lo que es suficiente. Definir lo que basta para disuadir cualquier conflicto global es el objetivo esencial de las conversaciones y tratados entre los principales Estados. De manera general, la existencia de armas nucleares desde 1945 ha contribuido, de modo importante, si no decisivo, a evitar un nuevo conflicto mundial. En cambio, no ha contribuido en absoluto a mejorar el orden mundial internacional.

Podría decirse que, por el contrario, la escena mundial está marcada por el incremento de la violencia y el desorden. No existe un sistema internacional de orden y de seguridad mundial que sea aceptado universal-

mente y que pueda hacer aflorar un ambiente de paz deseado y perdurable. El sistema regional europeo de seguridad mantiene un elemento de seguridad considerable frente al riesgo de un conflicto militar abierto, ya sea emergente de la dislocación y desmembración de Estados como de los "conatos" que puedan producirse entre distintos Estados. Pero, fuera de Europa, cada vez es más evidente que la capacidad de las grandes potencias (en este caso quizá deberíamos decir "la gran potencia") para influir en los acontecimientos es cada vez más limitada en proporción a lo que era hace apenas 20 o 25 años. La seguridad en Europa occidental continúa estando estrechamente ligada a la de América del Norte.

Todo el bienestar económico de Europa, como la seguridad europea, dependen del mantenimiento del acceso al petróleo y a un cierto número de minerales. De cualquier modo, el petróleo y los minerales se encuentran solamente en las regiones en las que la inestabilidad es potencial, y deben ser transportados normalmente a Europa por vías marítimas, que quedarían peligrosamente expuestas a los conflictos locales y a la amenaza de una extensión de los conflictos. Desde hace algunos años, las manifestaciones de oposición popular a las armas de destrucción masiva así como al seguimiento de una política de defensa armada, juegan un papel cada vez más importante en un cierto número de países de Europa. Sea cual sea la sinceridad de las aspiraciones a la paz que les animan, estas manifestaciones podrían amenazar seriamente la seguridad europea, en la medida en que la inconsistencia de la opinión pública (que en un gran número de ocasiones ni es pública ni siquiera es una opinión mayoritaria sino simplemente "interpretada sesgadamente" por los medios de comunicación social) plantea el problema de hacer difícil, si no imposible, el mantenimiento de una postura suficiente de defensa. No obstante, debe tenerse en consideración que los países de Europa tienen la dolorosa y amarga experiencia de las dos guerras mundiales; la tradición política europea, en cuanto al nivel de los asuntos internacionales, es la más rica del mundo. Ningún otro continente, tomado en conjunto, tiene tal sistema ramificado de negociaciones, consultas, tratados y contactos bilaterales y multilaterales en virtualmente cualquier nivel. El potencial económico, científico y técnico de Europa es enorme. Un potencial tremendo para una política de paz y amistades inherente a la herencia cultural europea.

La tendencia consistente en abordar las cuestiones de política exterior estableciendo distinciones entre categorías y aislando las que no tienen implicaciones en materia de seguridad de las que lo tienen, cada vez se

ha visto más superada por los acontecimientos. Problemas como la planificación de la defensa y el despliegue de armas mantienen manifiestas relaciones con el tema de la defensa y son examinados en el seno de la OTAN por los gobiernos nacionales, y no por la Comunidad Europea o en el marco de la Cooperación Política Europea. La Comunidad Europea no está en disposición de despachar, sobre una base comunitaria, fuerzas militares hacia otras partes del mundo, especialmente hacia las regiones de las que extrae abastecimientos vitales. De cualquier forma, nadie podría discutir la necesidad de mantener las condiciones que permitan los intercambios comerciales sin interrupción; la Comunidad Europea posee los medios políticos y económicos para asegurar el mantenimiento de estas condiciones. Conviene añadir que los diferentes miembros de la Comunidad son libres de actuar militarmente, como lo demuestra su participación voluntaria en las Fuerzas de Mantenimiento de la Paz, lo que, por otra parte, muestra que los Estados miembros pueden y quieren jugar un papel militar en la prevención de los conflictos armados, y ello fuera del continente europeo.

Se cita a menudo la dependencia de Europa de los Estados Unidos en relación con el abastecimiento de petróleo que proviene de Oriente Próximo, con el objeto de poner de manifiesto la incapacidad militar europea para proteger las vías de aprovisionamiento vitales mediante el empleo de adecuados medios militares en el plano comunitario. No obstante, algunos de entre ellos son, o pueden pasar a ser, activos militarmente en esta región del mundo en caso de necesidad, pero se suele considerar que el papel de los Estados Unidos sería, en todo caso, esencial en el plano militar. Cada vez que los diferentes Estados miembros y las instituciones de la Comunidad, o los gobiernos de todas sus naciones miembros, toman, en el marco de una acción colectiva, medidas políticas y económicas con el fin de salvaguardar los intereses de Europa, la seguridad europea se ve implicada.

Tras todo lo expuesto, ha de reconocerse que el futuro puede comportar diferentes opciones de refuerzo de la Cooperación europea, la cual no quedará limitada a los problemas generales de seguridad sino que se extenderá a los problemas de defensa, generales o particulares. La cuestión de saber si, cómo y cuándo estas opciones podrán ser creadas depende básicamente del progreso que se alcance en otras áreas, como la económica o la política, en consideración permanente de las necesidades actuales y los problemas del momento, en la medida en que la cooperación política europea y la seguridad europea se ven afectadas.

Raymond Aron, refiriéndose a las naciones de la Europa occidental, escribió: "Frente a un imperio que como Mac Kinder predijo, comprende las tierras que se encuentran entre Jordania, el sur de África y Filipinas, solamente se puede tener pretensiones de equilibrio si se cuenta con la protección activa de los Estados Unidos." Sería acertado añadir que, por lo que se refiere a los Estados Unidos de América en su sentido más amplio, un ambiente en el que la libertad nacional e individual quieran sobrevivir y florecer, necesita que Europa se encuentre dentro del sistema del mundo conocido como libre.

El Tratado del Atlántico Norte, su nueva organización, su estrategia y sus fuerzas militares muestran la verdad de que no es posible un equilibrio de poder en nuestro viejo continente, ni en ninguna otra parte, que sea suficiente para compensar el control del resurgimiento de nuevos conflictos de pequeña intensidad o de amenazas asimétricas, a menos que el peso de la fortaleza de los aliados del norte de América se encuentre equilibrando y compensando la balanza.

El futuro está sin duda en la pluralidad de culturas, en la mezcla, en el mestizaje de sensibilidades, y el Mediterráneo no sabrá escapar a este destino. Pero los cruces se producen ya en un contexto históricamente diferente al que ya algunos países, como Francia, España o Portugal conocieron en el Medioevo; dicho contexto es totalmente nuevo: ya no se trata de un diálogo entre culturas ni de la percepción abstracta de esquemas colectivos que se encuentran para unirse racionalmente o para repelerse. Se trata más bien de la fricción, de la colisión, de un repetido choque frontal entre rasgos culturales distintos en el seno de una trama civilizadora más vasta que los engloba y les asigna sitio y alcance. Dicha trama es el resultado de una especie de cultura mundial, de cultura planetaria, establecida por Occidente, que es quien define sus valores y la convierte a escala terrestre en un medio unificador a través de sus sistemas de información y de conocimiento.

La civilización occidental se ha convertido en mundial; a partir de ese momento, las culturas son locales. Ahora bien, los conflictos más fuertes surgen, para nuestro continente, de la inadecuación existente entre la trama civilizadora y la particularidad cultural porque las culturas definen personalidades colectivas específicas mientras que la civilización engloba el área de los sistemas prácticos de objetos y la pertenencia a una colectividad universal. La primera es la suma de las culturas del mundo, igual que la nación encierra sus particularidades propias. Y, al igual que en la nación, en la civi-



lización las culturas pueden enfrentarse entre ellas o contra el mismo principio de civilización global. En el espacio equidistante entre las dos orillas mediterráneas se habla de una controversia, de un conflicto entre culturas que conviene poner al día, y que ha resurgido como efecto secundario de acciones desarrolladas fuera de nuestro entorno geográfico.

Europa, desacertadamente, ha empezado a sustituir la finalidad de seguridad a la de la libertad; esto ha provocado por lo tanto, el que se iniciaran lógicas apetencias de dominio político, de logro del Poder, sea directamente por partidos de masas, sea indirectamente por partidos burgueses. Habido el Poder, o controlado, la máquina legislativa se ha convertido en una editorial de sistemas de seguridad, hasta el punto en que hoy en día cada país, en su estilo y manera, tiene creada una nueva industria: la fabricación de autorizaciones y licencias para asegurar toda concebible actividad humana (aunque ello merme, en gran manera, la libertad de los individuos y pueda degenerar en una sutil y entrevelada ausencia de los derechos humanos más fundamentales); claro está, apoyadas unas con otras, al igual que aquellas reservas monetarias del sistema del "Gold Exchange Standard" que hacía cubrir la seguridad de cada moneda en coberturas de las demás monedas con igual sistema asegurador.

La civilización mediterránea es occidental y mira por completo hacia el Oeste. Las culturas del Mediterráneo son diversas, repartidas entre norte y sur, este y oeste, oriente y occidente, cristianismo e Islam, etc. El conflicto entre el norte y el sur mediterráneos no es de civilizaciones sino de culturas, porque las dos orillas participan de las mismas estructuras fundamentales: la civilización material del capitalismo, más próspera en un lado que en otro, triunfan en todas partes; el mundo común de objetos producidos, de mercancías en circulación, se propaga sin trabas y la copresencia cultural que se deduce de la unificación informal tiende, cada vez más, a homogeneizar los comportamientos prácticos entre las dos orillas. El problema puede expresarse en una paradoja: si la cultura del norte echa raíces "en" y procede "de" la civilización occidental, la cultura del sur (la del Islam) proviene de un desarraigo y de una adaptación no sistematizada en este área civilizadora. Según De Jouvenel: "Creo que nuestra sociedad industrial padece una enfermedad radical que es de orden moral y político y que se resume en que el individuo sólo tiene poder en el papel irresponsable de consumidor. En este sentido nuestra sociedad es realmente una sociedad de consumo" (13).

---

(13) *"La civilización de la Potencia. De la economía política a la ecología política"*. Pág. 211.

En una primera aproximación, se puede decir que en el perímetro mediterráneo existe una divergencia secular entre cristianismo, islam y judaísmo. No quiere decir que actualmente se esté enfrentado en un antagonismo violento, pero el hecho de que en el plano de las estructuras mentales profundas que determinan las pertenencias de identidad, estas tres religiones trazan fronteras suficientemente precisas y fuertes como para que el espacio mediterráneo aparezca como una zona de diferenciación y no de convergencia cultural. La problemática misma de la secularidad (nacida y desarrollada en occidente) se inscribe en el trasfondo de la civilización occidental, es decir, en el cristianismo. Ahora bien, la historia del cristianismo está unida desde finales de la Edad Media a la dominación del Norte sobre el Sur y el mensaje de Cristo no ha sido capaz (como tampoco el del laicismo) de disociarse del colonialismo del siglo XIX.

Actualmente, la vuelta identificativa hacia el Islam de la población del mundo árabe-mediterráneo sufre una radicalización: en este aspecto, el Islam desempeña más que nunca un papel central de oposición política y de movilización cultural. El fracaso de la modernización política-económica de estos países, la formación de una especie de capitalismo subdesarrollado y su problemática inserción en el espacio mediterráneo, el crecimiento demográfico, el paro y la emigración, crean las condiciones para una situación explosiva de la que se aprovecha la prédica integrista islámica. Esta prédica debe ser analizada con lucidez: no es sólo un tejido muerto en el ámbito cultural de las sociedades árabes musulmanas sino que también sumerge sus raíces en el subsuelo de lo que estos países no han llegado a expresar. Por eso no se le puede enfrentar sólo mediante el uso de la fuerza. No cabe duda que hay que combatir sin dejarse llevar por el apasionamiento a los que detentan visión del mundo y prácticas totalitarias: conviene combatir el mal en sus raíces y éstas (que son políticas y culturales) deben ser puestas al desnudo sin concesiones. En sus tesis sobre Feuerbach, Marx apela a la necesidad de cambiar el mundo, frente a la labor de los filósofos que simplemente se dedican a interpretarlo.

Los territorios en que reina la sharia son un gran arrabal de chabolas que tienen delante un resplandeciente terreno de golf. ¿Qué puede ocurrir? Una invasión de terreno. Para impedirlo, sólo hay una fórmula: que ese arrabal viva mejor. Europa debe ayudar a los países del Sur a desarrollarse, siguiendo sus propios caminos. Cualquier política en este camino fracasará si se limita a trabajar sobre las condiciones de destino y no aborda lo que ocurre en el origen, y en este origen, fundamentalmente religioso, las capas exclusivas recurren a la religión como única arma sus-

ceptible tanto de sacralizar sus reivindicaciones como de reinstaurar el perdido sentimiento de comunidad. El Islam se convierte de este modo en una política religiosa: es la vara por lo que todo se mide, ya que la principal consecuencia para el mundo de hoy es que, en casi todo el mundo árabe-musulmán, la referencia religiosa domina el comportamiento político.

Sin lugar a dudas, el integrismo será, en este inicio de siglo, el problema más importante de los países musulmanes y en especial de los de la orilla sur del Mediterráneo. No hay razón para que el mundo árabe-musulmán no siga una vía de diferenciación social a través de la lucha democrática: tiene capacidad intelectual, humana y material. Pero sólo podrá hacerlo si encuentra ayuda y paciencia en su entorno geopolítico.

### **SEGURIDAD COOPERATIVA: DE LA SEGURIDAD INDIVIDUAL A LA ESTABILIDAD INTERNACIONAL**

*No hay más que dos finalidades de la actividad que sean posibles, tanto para una sociedad, por poco numerosa que sea, como para un individuo aislado. Son la acción violenta sobre el resto de la especie humana, es decir, la conquista, o la acción sobre la naturaleza, para modificarla en beneficio del hombre, es decir, la producción. Una sociedad que no se halle organizada con miras a uno de esos dos objetivos, será una sociedad espúrea y sin carácter. La finalidad militar era la del sistema antiguo; el objetivo industrial lo es del sistema moderno (14).*

El término Seguridad Cooperativa ha llegado a ser una frase de moda muy popular desde el final de la guerra fría. Se ha empleado de forma general para describir una aproximación más pacificadora, aunque extremadamente realista, hacia la seguridad por medio de un incremento de la cooperación y la colaboración internacional. La Seguridad Cooperativa se basa en un modelo representado por cuatro concéntricos e intrínsecamente reforzados “anillos de seguridad: seguridad individual, seguridad colectiva, defensa colectiva y promoción de la estabilidad”. De estos cuatro anillos, la seguridad colectiva —una obligación legal y política de los estados en defensa de la integridad de la soberanía nacional de todos los países miembros de cualquier Tratado u Organización Internacional de Seguridad— y la defensa colectiva —el acuerdo de todos los estados para defenderse de cualquier agresión exterior— son perfectamente conocidos

---

(14) “Los orígenes del estado moderno. Historia de las ideas políticas en el siglo XIX”. Pág. 356.

y generalmente bien interpretados. Los nuevos elementos del modelo de la Seguridad Cooperativa implican un acuerdo común hacia un amplio compromiso a favor de la Seguridad Individual y de la Promoción de la Estabilidad.

El término Seguridad Cooperativa, como ya se ha mencionado, muy empleado y conocido por todo el personal inmerso en este tipo de evaluaciones y análisis, no ha recibido, sin embargo, una definición aceptada generalmente, él ha sido ampliamente utilizado para aludir a un nuevo concepto en el entorno de las relaciones internacionales. Apareció para ofrecer una alternativa a las estrategias de “suma cero” desarrolladas y empleadas a lo largo de aquel periodo con el fin de arribar a puntos de vista más amplios y esperanzados sobre un futuro de paz y armonía internacional. Sin embargo, casi en el mismo instante en que los nuevos métodos veían su aparición, los sucesos que iban acaeciendo iban demostrando que se trataba de una explosión demasiado temprana de optimismo cuando menos prematura.

A pesar de todo lo que se ha mencionado, el concepto de Seguridad Cooperativa no fue un invento del periodo posterior a la Guerra Fría. Efectivamente, Immanuel Kant introdujo la idea a finales del siglo XVIII en su “Segundo Artículo Determinante sobre la Paz Infinita”. Este autor proclamó que “La ley de las naciones (en clara alusión al derecho internacional) estará basada en una federación de estados libres”. Hoy en día, al comienzo del siglo XXI, el término Seguridad Colectiva ha llegado a ser mucho más popular entre los estrategas y los responsables del desarrollo de las distintas políticas de relaciones internacionales con el fin de alcanzar un marco de referencia hacia una nueva aproximación sobre la seguridad en el contexto de un presente agitado con un futuro impredecible.

Al comienzo de los 90, muchos pensadores políticos y estrategas fueron invadidos por una oleada de optimismo general que servía para dar la bienvenida al Nuevo Orden Mundial. En 1992, tres estrategas americanos con un gran prestigio acumulado, Ashton Carter, William Perry y John Steinbruner, hablaron de seguridad cooperativa en términos de proporcionar nuevos caminos hacia la paz mundial: “La organización de principios como la disuasión, la estabilidad nuclear y la expresión contenida de las aspiraciones del período de la Guerra Fría... la seguridad cooperativa es el principio correspondiente para la obtención de la seguridad internacional en el inicio de una nueva era, la posterior a dicha Guerra Fría.” En 1994, el

antiguo ministro de Asuntos Exteriores australiano Gareth Evans escribió en la publicación Política Exterior cuál era su concepto sobre la seguridad cooperativa como sigue: "... para realizar consultas más allá de las propias a un periodo de confrontación, empleo de la seguridad mejor que la disuasión, transparencia por encima del secretismo, prevención priorizada sobre la corrección e interdependencia muy por encima del unilateralismo".

Estos intentos para definir y dar forma al concepto de seguridad cooperativa generalmente reflejan un punto de vista liberal/idealista sobre el futuro de la seguridad mundial. Desafortunadamente, esta visión ha sido enturbiada por una serie de sucesos imprevistos y jamás bienvenidos que han inducido un "retorno a la historia pasada" en los Balcanes, en algunas regiones de la antigua Unión Soviética y por muchos otros dispersos, y sorprendentes si de ello se hubiese hablado hace apenas veinte años, lugares de la Tierra.

Parece necesario el definir de una forma más concreta y coherente la idea que, en la actualidad, se maneja sobre la seguridad cooperativa, por lo que habrá que tratar, si ello es necesario, con realidades tangibles en un mundo en continua evolución, donde los peligros y las inestabilidades pueden emerger en cualquier punto y en cualquier instante. En otras palabras, es necesario descubrir un método para darle mayor "operatividad" al término. Para alcanzar esto, deben ser estrechadas las aspiraciones que en el momento de su resurgimiento tuvo la idea de seguridad cooperativa. Habrá que construir un sistema novedoso basado sobre mecanismos e instituciones ya existentes, como por ejemplo, instituciones que hayan sido por sí solas capaces de proporcionar una paz relativa, en términos de territorialidad o violencia contenida, estabilidad y prosperidad para naciones o grupos de naciones en los años finales del siglo XX. Pero antes de iniciar la búsqueda del cómo construir una aproximación cercana a la realidad de hoy en día y efectiva solución hacia la Seguridad Cooperativa, podría considerarse una gran ayuda examinar de forma breve dos o tres conceptos principales sobre el término de seguridad internacional que aparece en los últimos años del siglo XX.

Aunque el concepto de cooperación y establecimiento de alianzas entre familias, tribus y estados, en paz, pero mucho más de forma general en tiempo de guerra, ha sido una característica permanente de la historia de la humanidad, los términos Seguridad Colectiva y Defensa Colectiva son inventos del último siglo. Ambos conceptos implican un largo

plazo de implementación y un acuerdo formal entre grupos de estados para proteger y preservar los intereses de seguridad de cada uno de los miembros en sus entornos comunes de actuación.

*La Seguridad Colectiva “mira hacia el interior” para intentar lograr una seguridad en el contexto de un grupo de estados soberanos.* La primera organización moderna de Seguridad Colectiva fue la Sociedad de Naciones fundada como consecuencia de los desastres acaecidos en la Primera Guerra Mundial. Sus miembros prometieron proteger a los otros firmantes de los ataques de otras naciones con los medios de los países que formaban la organización. La idea era simple: un acto de agresión realizado por uno o más miembros contra uno cualquiera sería inmediatamente contrarrestado, si fuera necesario, con los medios de fuerza de los otros países. Por múltiples razones, la Sociedad de Naciones fue poco exitosa en sus últimas actuaciones sobre seguridad y estabilidad. Al final de la Segunda Guerra Mundial la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas adoptó las responsabilidades sobre Seguridad Colectiva que había admitido la Sociedad de Naciones. Los artículos 41 y 42 de la Carta de las Naciones Unidas proporcionan y detallan las acciones a emprender por los estados miembros para preservar y restablecer, si así fuera necesario, la paz y la seguridad internacionales. La Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), allá por los años 70, hoy establecida como Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), fue engendrada para dotar de seguridad colectiva a la región virtual que se extiende por los estados de la zona euroasiática. Sin embargo, en el mejor de los casos ambas organizaciones han sido efectivas únicamente de forma parcial.

*Una organización de Defensa Colectiva mira hacia el exterior para defender a sus miembros de una agresión externa.* Las organizaciones de Defensa Colectiva florecen y se desarrollan durante los días de la Guerra Fría. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la Unión Europea Occidental (UEO), la Organización del Tratado del Centro (CENTO), la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) y el Pacto de Varsovia fueron fundadas como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. La Defensa Colectiva invita a todas las naciones, bajo el paraguas protector del Tratado, acudir a la defensa de cualquier otro en el caso en que cualquier miembro firmante de, o favorecido por, dicha organización se vea sometido a una agresión militar procedente de uno o varios estados no pertenecientes al Tratado ni protegidos por el área definida en su articulado. El Tratado de Bruselas de 1948, y el Tratado de

Washington de 1949, documentos creadores de la OTAN, contenían y desarrollaban en su literatura estas previsiones como tema central motivo de su existencia y desarrollo hasta lo que actualmente ha llegado a ser.

*Para ser práctica y efectiva, la Seguridad Cooperativa debe mirar en ambas direcciones y sentidos, hacia el interior y hacia el exterior de los países o regiones. Mas, del mismo modo, debe también incorporar dos nuevas dimensiones no tratadas ni cubiertas específicamente ni por la Seguridad Colectiva ni por la Defensa Colectiva. El primero de estos conceptos es el correspondiente a la Seguridad Individual y el segundo es el relativo a la Promoción Activa y Proyección de la Estabilidad hacia las áreas fronterizas del espacio de la Seguridad Cooperativa donde la inestabilidad y la escalada de los conflictos pudieran afectar de forma adversa a la seguridad de sus miembros.*

La Seguridad Individual, o como el antiguo ministro canadiense de Asuntos Exteriores Lloyd Axworth gustaba llamar “Seguridad Humana” comienza justo en el centro de cualquier sistema internacional de seguridad real construido entorno a los ideales inherentes a una democracia liberal. El aseguramiento y protección de las libertades básicas del individuo es el núcleo del que cualquier otra forma de seguridad debe radiar. Algunos estudios sobre el significado de seguridad sitúan el punto de aplicación en el hecho de que “En contra de las percepciones ortodoxas obtenidas de los estudios de seguridad, la seguridad debe tener un completo sentido en el nivel más básico del ser humano procediéndose desde este punto a la confección del sentido de la seguridad a un nivel internacional”. Según declaraciones de Jean-Claude Berline, “Nuestro producto más importante es el ser humano. La cosa es evidente. Si dejáramos de producir seres humanos, todo lo que hacemos sería vano y absurdo. Por otra parte, si consideramos el futuro, se nos presenta horrible o admirable. Horrible si los hombres del futuro fueran inferiores a nosotros, de menos calidad que nosotros. Admirable si han de poseer una calidad superior. Yo creo en el principio de que el progreso esencial es el progreso del hombre”.

En una época de crecimiento de la interconectividad entre estados y pueblos, todo aquello que concierne a la condición humana en el interior de un estado ha llegado a ser de interés directo e inmediato para la comunidad mundial. Las violaciones de los derechos humanos en un estado son rápidamente conocidas por los ciudadanos de cualquier otro país en todo el orbe. Las agresiones contra la seguridad de las personas en un país, ya sea por causas externas o más generalmente con génesis en su

interior, ahora significa que otros pueblos y sus gobernantes sienten que su propia seguridad ha sido dañada. Las recientes violaciones de la seguridad individual de una gran cantidad de seres humanos que han sido arrojados de sus países, como es el caso de Ruanda, Kosovo y el Este de Timor, han tenido un impacto dramático sobre la comunidad internacional. Estos ejemplos y otros son clara muestra de lo que se puede llamar “la globalización de las preocupaciones”. La seguridad individual es ahora el corazón de la agenda internacional. El concepto de soberanía nacional no puede esconderse tras violaciones en masa de la seguridad humana que se asientan con impunidad, incluso en las fronteras de organizaciones internacionales que las reconocen.

La Promoción de la Estabilidad es el segundo componente de la Seguridad Cooperativa e implica proyección activa de la estabilidad hacia el exterior de las fronteras de los estados que forman parte de un sistema de Seguridad Cooperativa. La inestabilidad emergente en áreas próximas o adyacentes a los territorios de un sistema de este tipo de seguridad, que podría comprometer la seguridad de sus miembros, debe convertirse en un serio asunto de reflexión. La estabilidad se puede sentir flaquear por el peligro de un conflicto entre estados, pero también por violaciones masivas de la seguridad individual hacia estados vecinos, tal y como ocurrió en Kosovo en 1998 y al comienzo de 1999. Esto provocó una dura reacción por parte de la OTAN y de otros estados fuera de esta organización. Cómo puede desarrollarse la estabilidad, restablecerse y ser preservada en la parte del globo que se encuentra alrededor de los “puntos calientes” continúa siendo el eterno pensamiento de los hombres de estado cuando trabajan en sistemas de Seguridad Cooperativa. En este momento debe saltar una alerta sobre posibles anómalas interpretaciones; la Promoción de la Estabilidad podría ser vista como una licencia para realizar intervenciones no garantizadas por grandes Potencias u organizaciones internacionales en asuntos específicamente internos de otros países, principalmente de aquellos que son más débiles. Las intervenciones activas — diplomáticas, económicas o militares— deben, sin embargo, ser sancionadas y desarrolladas con mucho cuidado.

La Seguridad Cooperativa, de forma gráfica, puede representarse como el modelo de “Los cuatro Anillos”, conformando una figura con una serie de anillos concéntricos que van ensanchándose desde su centro. De esta forma se intenta poner en contacto los cuatro elementos de la Seguridad Cooperativa en una referencia práctica para construirse una imagen de un sistema efectivo de seguridad.





### **SEGURIDAD COOPERATIVA (LOS CUATRO ANILLOS)**

La Seguridad Cooperativa es descrita como un sistema estratégico, en la consideración de que no es sencillo aceptar una definición general sobre “estrategia”, que ha sido descrita como “la aplicación integrada de los medios para alcanzar los fines deseados”. La palabra sistema implica que el concepto no puede ser realizado completamente de forma abstracta. Tal y como se ha visto, se debe manifestar de una forma concreta para alcanzar el potencial completo encerrado en este término. De este modo, una definición abstracta debe basarse en algo creado recientemente o ya existente, en el ámbito de instituciones u organizaciones actuales.

La Seguridad Cooperativa debe tener en su corazón un núcleo formado por lo que son valores comunes a los estados democráticos. Es necesario tener en cuenta dos cuestiones en este momento. La primera es la opinión de aquellos que arguyen que el propio estado ha llegado a ser un interviniente cada vez menos importante en la esfera de la seguridad nacional e internacional y, por el contrario, los actores subestatales y supranacionales están jugando un papel de mayor liderazgo en la escena de la moderna seguridad. Es cierto que las organizaciones no gubernamentales, las corporaciones transnacionales, los grupos de presión e

incluso los grupos criminales y de terroristas internacionales están incrementando su influencia en el área de la seguridad. Hay, sin embargo, un largo camino que recorrer aún para reemplazar a los que en la actualidad proporcionan la seguridad a los ciudadanos de este planeta.

En segundo lugar, hay que pensar que sólo los estados democráticos pueden ser los realizadores de las verdaderas acciones encaminadas a la protección y preservación de los derechos humanos en su sentido más amplio, el corazón del sistema de Seguridad Cooperativa. Los estados que, como ha descrito el Secretario General de la ONU Kofi Annan, son “democracias débiles e inestables” y, por supuesto, los estados no democráticos, deben trabajar con los estados miembros del sistema para alcanzar en un corto espacio de tiempo sus objetivos específicos. Muchas de las naciones que han proporcionado contingentes de tropas para SFOR, en Bosnia, y para KFOR, en Kosovo, son en verdad naciones con gobiernos no democráticos. No obstante, ellos deben contribuir con ayuda política y militar a la Seguridad Cooperativa con medios específicos y limitados. En términos de largo plazo, sus propios valores y percepciones deben cambiar a través del contacto y la cooperación con las democracias existentes en el sistema.

Dado que los últimos estados frágiles y poco fidedignos aún no democráticos —por ejemplo, Irán, Libia, y los de la exYugoslavia—, han sido todos, en uno u otro momento, ayudados por los intereses occidentales, parece realmente claro que sólo las democracias liberales son capaces de desarrollar y sostener los objetivos comunes, el espíritu de compromiso, y la flexibilidad necesaria para el mantenimiento a largo plazo de cualquier sistema de Seguridad Cooperativa. Como ya se mencionó, la Sociedad de Naciones fundada en una carencia absoluta de compatibilidad política básica entre sus miembros, tuvo una existencia efímera.

Una Seguridad Cooperativa fiable debería estrechar los lazos entre los estados de muy diversos modos. Deben estar en un total acuerdo del establecimiento del diálogo entre sus componentes, expandiendo y abarcando el más amplio campo de intereses y actividades. Si se acepta que la definición menos concreta de seguridad incluye aspectos políticos, económicos y de derechos humanos, entonces las naciones que forman un sistema de Seguridad Cooperativa deben estar unidas por todos los elementos de la telaraña de la seguridad. Esto incluye: consultas políticas cerradas y continuas; relaciones comerciales libres y abiertas y políticas de seguridad y de asuntos exteriores firmemente integradas, debiendo

incluir también formaciones militares multinacionales. Más importante aún es la posibilidad de desarrollar mecanismos para la pacificación y la resolución de desavenencias entre los estados o grupos de estados en el interior del sistema, incluyendo la percepción de violaciones a la seguridad individual en el interior de uno o más de los estados miembros. Recientemente, los miembros de la Unión Europea dictaminaron sanciones contra Austria, dejando patente que incluso los estados democráticos pueden, bajo presiones del electorado, seleccionar gobiernos que alberguen serias dudas sobre la protección de los derechos humanos. De este modo, afirma De Jouvenel en su libro *El Poder*: “La democracia no limita sino que refuerza el poder. La idea de que un gobierno popular, elegido por el pueblo, será necesariamente respetuoso de las libertades individuales fue y sigue siendo cara a muchos teóricos de la democracia, y, sin embargo, para mí, los hechos la desmienten abiertamente, pues el gobierno democrático se siente tanto más autorizado para invadir el terreno de las libertades cuanto se presenta con el respaldo del voto popular”.

En el interior de un sistema de Seguridad Cooperativa, las naciones deben en algunas ocasiones renunciar a, o modificar en profundidad, sus propios intereses nacionales para alcanzar el objetivo común a largo plazo. Deben llevar a cabo estas acciones porque han de plantearse hasta qué punto el fin común puede dar cabida y soporte a los propios intereses. Este principio es fundamental para el éxito del sistema de Seguridad Cooperativa. Durante la crisis de Kosovo de 1999, el gobierno griego fue reacio, y así lo hizo saber, al bombardeo de los serbios por las fuerzas de la OTAN, llevando a cabo esta decisión por el daño que en un futuro se podía hacer a la OTAN por su intervención y, en último extremo, a su propia seguridad y prosperidad en el consenso de la organización.

El valor más importante sobre el que ha de asentarse cualquier sistema de Seguridad Cooperativa es una incuestionable convicción en todos sus miembros para sostener y mantener la Seguridad Cooperativa de sus ciudadanos y de todos sus socios. Este es el anillo más interno del sistema de Seguridad Cooperativa, que implicará acciones conjuntas continuamente contra todo tipo de presiones internas y externas. Sólo los ideales y principios de las sociedades democráticas pueden conservar este núcleo esencial con acciones consensuadas entre todos.

La Seguridad Cooperativa ha de llegar a ser la base de un futuro más pacífico y armonioso, para lo que será necesario una buena dosis de buena voluntad por parte de todos los estados compromisarios y una

cooperación muy estrecha de unos con otros para alcanzar el fin de su unión, con capacidades y decisión determinante para actuar en áreas lejos de las correspondientes a sus miembros cuya inestabilidad podría afectar a la seguridad y paz de la comunidad política de nuestra “aldea global”.

Se finaliza el presente trabajo con las palabras de nuestro autor acerca de lo que puede esperarse del futuro de una civilización más libre y justa, más solidaria y segura: “En la forma de la sociedad hacia la cual tendemos, creo que el gobierno estará reducido a un mínimo, y que la libertad humana alcanzará su más alto grado, pues la naturaleza humana se hallará de tal manera modelada por el hábito social y tan acostumbrada a la vida en común, que le bastará con pocas fuerzas restrictivas exteriores; será una sociedad en la cual el ciudadano no tolerará ninguna restricción de su libre actividad, salvo la que es indispensable para mantener la misma libertad en los otros; donde la cooperación espontánea que ha desenvuelto nuestro sistema industrial, y que lo desarrolla a ritmo creciente, producirá órganos para la realización de todas las funciones sociales, y no dejará al órgano gubernamental más que la sola función de mantener las condiciones de la acción libre, condiciones que hacen posible la cooperación espontánea; en fin, donde la vida individual alcanzará el más alto grado compatible con la vida en sociedad, y donde la vida social no tendrá otro fin que el de mantener la esfera más completa para la vida individual”.